

## EDWIN MARKHAM

NACIÓ Edwin Markham en Oregón hace sesenta y ocho años. Niño aún, pasó al Estado de California, donde se dedicó a estudiar, literatura principalmente, en los ratos de ocio que le proporcionaba su labor de boyero. Ya hombre, llegó a ser maestro de escuela y a colaborar de vez en cuando en los diarios de aquella parte del país. Pero alcanzada su fama de poeta, abandonó el Oeste y hace veinte y tantos años reside en la pintoresca Staten Island, que divide las aguas de Nueva York en dos bahías. Allí le he conocido.

Tiene Markham aspecto de profeta. Barbudo, de cabellos blancos y largos, más bien grande de estatura, majestuoso en su manera, hay en él cierto reposo de volcán nevado; revela naturaleza virgen, quietud, fuerza latente, vigorosa ancianidad. «Tu poeta», me dijo Rubén Darío, después de haber leído conmigo los poemas de Markham, «tu poeta es a la vez león y cordero. Quiero conocerlo.» Markham estaba entonces lejos de Nueva York, y el encuentro de los dos poetas no llegó a realizarse. Más tarde, en la sesión de honor de la *Poetry Society* celebrada en memoria de Rubén Darío, Markham, profundamente conmovido, dijo el respeto y admiración que sentía hacia el gran poeta de la América española, y su pena por no haberle conocido personalmente. La frase de Darío pinta a Markham tal como es: salvaje y humilde, fuerte y dulce, capaz de grandes indignaciones y grandes piedades. La influencia de la naturaleza en que se crió, montañosa y ricamente hospitalaria, ha obrado tanto en su aspecto corporal como en su alma.

Markham es a la vez sociólogo y místico. Halla sus soledades en el corazón de los hombres, y oye la voz de Dios en el habla humana. Su gran poema, «The Man With the Hoe», (El hombre con la azada), inspirado por el cuadro de Millet, que el poeta vió en San Francisco, expresa su religión y su socialismo. Pinta en sonoros pentámetros ingleses la vacuidad, la estupidez, el alma muerta del labriego que retrató el pintor; y apostrofa a los reyes y presidentes, a los papas y capitalistas, culpándolos de haber apagado la luz de ese cerebro, entumecido ese corazón, hecho del hombre una bestia de carga y de la imagen del Señor algo que avergüenza a la humanidad. En su poema se respira revolución y devoción. Publicado en el «San Francisco Examiner», en menos de un año recorrió todos los países de habla inglesa, causando en los Estados Unidos verdadero estremeci-

miento social. Desde entonces ha sido mil veces texto de sermón y tema de calurosas discusiones políticas y morales, hasta en el mismo seno del Congreso. A raíz de su publicación, onda de huelgas atravesó el país. Markham, a más de poeta, es uno de los pilares más soberbios sobre que descansa el edificio del socialismo en los Estados Unidos.

En su poema sobre Lincoln, publicado en su segundo volumen, hace quince años, reitera Markham sus tendencias archidemocráticas y cumple de lleno su promesa de poeta. Ser el autor de «The Man With the Hoe» y «Lincoln» es haber triunfado. William Dean Howells, augusto decano de los escritores de su patria, crítico notable, coloca a Markham a la cabeza de los poetas americanos de hoy. Robert Underwood Johnson, presidente de la academia, ha dicho: «Cada nueva poesía de Markham es suceso nacional. Max Nordau lo compara con Milton y Swinburne, y lo aclama como superior a Whitman; pero en esto último influye cierto prejuicio de charlatán demasiado bien conocido. Markham es poeta y gran poeta; cuán grande, el tiempo dirá, pero de seguro no más grande que el gran Walt.

Su tercer libro de poesías se ha publicado ya. En «The Shoes of happiness and Other Poems» hay mucha ternura. Markham ha alcanzado las «cimas crepusculares» y desde esa elevación espiritual dulcemente asegura de nuevo que Dios está en el lodo humano. «Amad al hombre, y habréis sondeado las profundidades de Dios», dice uno de sus versos. Su amor para los hombres—«para los hombres que trabajan y sufren; de cuerpos como retorcido tronco de roble; poseedores de la paciencia de las arenas del mar»—es un amor inmenso y luminoso como el del sol. Para construir los palacios de la Nueva Jerusalén basta, dice, «el barro de los senderos cotidianos».

Ama a su patria y teme por ella. Canta contra el «gusano de la avaricia y el gusano de la comodidad» que roen y tal vez lleguen a carcomer por completo los cimientos del Estado, «a la sombra de las horas que nada sospechan.» Ama a todos los pueblos, a todas las razas subyugadas y demandó al Czar piedad y justicia para los judíos de su imperio. La guerra le arrancó poemas vigorosos, como el estridente «Chant of the Vultures» (Canto de los buitres). Contra la guerra sanguinaria predica la guerra moral; en el Poeta ideal ve al heraldo

que la precede, «llamando a los corazones jóvenes, despertando a los muertos y sacudiendo los portales que cubre la herrumbre.»

El estilo de Markham es el más sencillo imaginable. Posee, en vez de claridad latina (de laberinto iluminado), claridad griega. Parece haber estudiado retórica en Eurípides, con quien tiene mucha semejanza, sin llegar, por supuesto, a su estatura. La manera de razonar, dilatada y poco lírica, es idéntica en ambos. Nada ha aportado Markham a la riqueza métrica de su idioma, y nada parece haber aprendido ni de los magos del ritmo compatriotas suyos, Poe y Sidney Lanier, ni de los maestros ingleses, Rossetti y Francis Thompson. «Virgilia» (poema en que canta su primer amor y dice su ambición) contiene, es cierto, estrofas de gran musicalidad. Pero no es música nueva. Aquí emplea Markham las flautas y violines de Swinburne. Oíd:

What sent it upon me—my soul importunes—  
All the grief of the world in a little span,  
All the tears and fears, all the fates and  
[fortunes  
That the heart holds for a man?

Aliteración, rima interna, rima grave (lujo en inglés) y cierta languidez apasionada que se permite toda una estrofa, y a veces, más, para expresar una sola idea, una sola imagen,—todo esto es altamente Swinburnesco, y distinto del estilo natural de Markham. Bien conoce, sin embargo, ciertos recursos musicales de su idioma, que casi por completo ignoran la mayoría de los versificadores de su patria;—el efecto que resulta de palabras monosílabas sajonas y polisílabas latinas.—

«Pillared on peaks afar,  
I watched the punctual, Inmemorial march  
Of star on glorious star...»

son versos para leerse a todo pulmón. Con las nuevas tendencias poéticas («imagismo, vers-librismo, polyrhythmicismo», etc.) de su tierra, Markham nada tiene que ver. No ha de capitular ante los jóvenes, pero tampoco les hace frente enemigo. Al contrario, los poetas nuevos, como el delicioso Shaemas O'Sheel y otros han encontrado en Markham maestro y amigo.

He dicho que el estilo de Markham tiene parecido con el de Eurípides; pero hasta allí llega su helenismo. En espíritu no pertenece a Grecia ni a la época presente; pertenece, lo digo en su loor, a la segunda mitad del siglo trece en Francia. Markham es medioeval, de 1250. En aquella época se vivía intensamente; el espíritu de los hombres se mantenía alerta. Se era sencillo entonces, tan sencillo, que los juegos populares formaban parte de las ceremonias religiosas: se